

# Homilía

## Monseñor Romero doce años después

24 de marzo de 1992

**Rodolfo Cardenal**

Homilía pronunciada en la Capilla Mons. Romero, el 24 de marzo de 1992.

Doce años después, Mons. Romero sigue estando presente en medio de su pueblo: es imposible separar a Mons. Romero de este pueblo así como el pueblo salvadoreño no se puede separar de Mons. Romero. Más aún, Mons. Romero ya forma parte de la identidad salvadoreña al estar presente en la conciencia nacional, en sus expresiones públicas y políticas, en el arte, en el calendario, en los Oscars que prolongan en nuevas generaciones su nombre.

Es imposible separar a Mons. Romero de su pueblo, porque en él encuentra consuelo y ayuda para sus sufrimientos y dolencias; porque en él encuentra esperanza para sobrevivir en estas condiciones económicas tan duras: falta el trabajo, los salarios son bajos, los precios son altos, la violencia aún asecha; porque durante doce años de guerra acompañó a las víctimas, dándoles fortaleza, consuelo y ánimo.

Es imposible separar a Mons. Romero de su pueblo, porque en él encuentra fe cuando todo parece indicar que no hay salida, porque en él encuentra confianza para recorrer este proceso de pacificación y para superar sus obstáculos, en fin, porque en él encuentra esperanza para seguir viviendo con ilusión, a pesar de todo.

Los políticos de las mayorías y las organizaciones populares encuentran en Mons. Romero al obispo profeta que denunció las estructuras injustas y violentas, y anunció una sociedad justa y solidaria, que asumió la necesidad de encontrar una salida política cuando todo apuntaba hacia la guerra, que murió como han muerto muchos políticos de las mayorías populares, víctimas impunes del poder totalitario. Mons. Romero es el profeta que sigue indicando el camino hacia la utopía. Por todo ello, Mons. Romero está presente en las actividades

políticas y en las luchas de las mayorías populares.

Hoy, Mons. Romero es el profeta asesinado por denunciar que el país iba por el camino equivocado, por denunciar la idolatría del dinero, del poder y de la violencia, por atreverse a pedir al imperio que no mandara más armas, sino salud y alimentos. Hoy, Mons. Romero es el símbolo de la utopía salvadoreña, que busca una sociedad justa, veraz, pacífica, liberada y democrática: Mons. Romero simboliza las aspiraciones más sentidas y mejores de este pueblo de pobres. Hoy, en Mons. Romero coinciden todos los mártires del pueblo salvadoreño, los conocidos y los anónimos, y todas las víctimas injustamente sacrificadas por el odio y la irracionalidad. En su memoria viven los mártires del pueblo salvadoreño.

Por todo ello, Mons. Romero es el salvadoreño más grande de toda la historia del país, así lo reconoce su pueblo y la comunidad internacional de creyentes y de no creyentes, que también celebra su memoria.

Pero la importancia de Mons. Romero no está referida únicamente al pasado. Mons. Romero es importante para el proceso de pacificación. Así como fue muy importante durante los doce años de guerra, lo es para la paz. Mons. Romero denunció el conflicto social y anunció la guerra inminente, frente a ellas clamó por el diálogo y la salida política. Ahora que estamos comenzando a recorrer los caminos de la pacificación, Mons. Romero nos alumbró el camino y nos señala la utopía a la que debemos aspirar: recojamos sus enseñanzas, meditemos sus homilias y sigamos su ejemplo.

Mons. Romero es importante para la paz para que no nos desviemos del camino hacia la utopía, para que los obstáculos no nos desanimen ni nos hagan perder la perspectiva total del proceso, para que no nos engañemos con logros falsos. Él fue de los pocos que vio claro en octubre de 1979, aprendamos de él para que sin perder el norte, sepamos aprovechar todas las coyunturas para empujar este costoso pero prometedor proceso hasta el reino de Dios. Él nos enseñó que debemos abandonar los dogmatismos y los purismos que al final no fructifican; él nos enseñó el realismo que siempre busca avanzar, aunque sea modestamente.

A Mons. Romero lo mataron los mismos que primero se opusieron a la negociación, los mismos que después pensaron que la paz era imposible y los mismos que, ante la inevitabilidad del Acuerdo de paz, ahora buscan la manera de boicotear el proceso de pacificación; son los mismos que mataron a los jesuitas de la UCA y a tantos otros. Comprometiéndonos y trabajando por la paz estaremos dando continuidad a la tarea que Mons. Romero dejó inconclusa y, al mismo tiempo, estaremos derrotando a sus enemigos, que son los enemigos de la paz, de la verdad y de la justicia.

Quienes quisieron callarlo hace doce años, hoy lo encuentran levantado en medio de este pueblo y de la comunidad de las naciones: todos dirigimos hacia él nuestra mirada buscando la vida justa y la paz duradera. El pueblo salvadoreño, con su certero olfato popular, ha sabido ver en él algo más que un simple obispo bueno y querido por su grey, como diría el mismo Mons. Romero ha encontrado y ha experimentado la trascendencia. El pueblo salvadoreño que en



este día recuerda y celebra su martirio ha visto la mano de Dios en su vida, en su palabra y en su obra: Dios se ha hecho presente en Mons. Romero. El pueblo lo ha reconocido así y por eso lo tiene presente en todas las encrucijadas de la historia nacional y en el diario caminar por la sobrevivencia. Por eso, año con año vuelve a convocarse en su nombre, aquí y en el mundo entero, para dar gracias a Dios por haberse manifestado a través de este obispo salvadoreño.

Como bien sabemos, Mons. Romero es signo de contradicción, para unos es luz y vida, para otros es rechazo y aberración. Mons. Romero es tanto signo de

contradicción como el mismo Jesús y su mensaje sobre el reino de Dios. Para unos es luz, pero para otros es oscuridad. Las advertencias de Jesús sobre que a sus discípulos les sucedería lo mismo que a él, en Mons. Romero se han cumplido cabalmente.

Sin embargo, a quienes quisieron callarlo, y aún más, enterrarlo para siempre con olvidos y amnistías, Dios les ha respondido resucitándolo en medio de este pueblo crucificado por la pobreza y en medio de la comunidad de las naciones, donde su nombre es recordado y su memoria reverenciada con cariño.

Mons. Romero atrae y convoca. Lo que atrae de Mons. Romero es que da vida, infunde esperanza y anima: no es un muerto inerte, sino una fuerza que aletea, renovando lo que toca. Es una fuerza que desborda todos los cauces que se le quieren poner, que supera todas las estructuras donde la quieren encerrar. En definitiva, es el espíritu de Dios que hoy habla de nuevo a través de Mons. Romero y su pueblo escucha atento, por eso se reúne los 24 de marzo.

El pueblo salvadoreño reconoció la transcendencia de Mons. Romero el 1 de febrero, cuando lo colocó en su propia gloria de Bernini, pero gloria salvadoreña. Ese día su imagen, en una inmensa manta, engalanaba la fachada de su catedral, teniendo por cúpula el cielo azul de febrero, pero mirando cariñoso y sonriente hacia el pueblo reunido en la plaza, con aquella leyenda que sabía a promesa cumplida "Monseñor, resucitaste en tu pueblo".

Aquellos eran los primeros resultados de una promesa; aunque eran los primeros, al fin de cuentas eran resultados. No era todo porque aún queda mucho camino que recorrer; pero se recorre distinto cuando se comienza a saborear la promesa: vida realizada en resurrección cotidiana. Y en Mons. Romero han resucitado todos los mártires y todas las víctimas, lo mejor de este pueblo crucificado, así como también todas las aspiraciones de verdad, justicia y paz del pueblo salvadoreño.

La jerarquía eclesiástica quiere confirmar con su autoridad lo que el pueblo salvadoreño ya experimenta, es decir, quiere declarar oficialmente la santidad de Mons. Romero. Este deseo jerárquico es importante de cara a quienes lo asesinaron y de cara a quienes lo rechazan, y sobre todo de cara a quienes rechazan su mensaje. Pero la función confirmadora de la jerarquía eclesiástica no es todo. Ciertas cautelas son necesarias para cumplir con el propósito de la legislación eclesiástica. Ahora bien, la jerarquía salvadoreña, por cumplir con la ley, no debería perder la perspectiva nacional e internacional de Mons. Romero. Mons. Romero pertenece a la Iglesia, pero la desborda. Si es cosa de Dios, es inútil intentar poner límites a la manifestación de su espíritu.

Lo más importante es que Mons. Romero genera vida, infunde ánimo a los desanimados, consuela a los afligidos, vigila atento para que el peregrinar de este pueblo llegue a la utopía del reino de Dios. Lo importante no es que la autoridad eclesiástica declare la existencia de un determinado santo, lo importante es que los santos digan algo bueno a los creyentes.